

ap **sis**

**Su legado
político.**

**Su controvertido
gobierno.**

**Conversando con
Hortensia Bussi.**

ALLENDE **“Tengo fe
en Chile y
su destino”.**

DIÉCISIETE AÑOS DESPUES



Allende cruzó las anchas alamedas

“Que lo metan en un cajón y lo embarquen en un avión, viejo, junto con la familia. Que el entierro lo hagan en otra parte. En Cuba. Si no, va a haber más pelota pa'l entierro. Si éste, ¡hasta para morir tuvo problemas! El avión con el cajón y se manda enterrar a Cuba. Es conveniente que consideremos que puede tener dos caminos: que lo entierremos aquí, en forma discreta, o lo llevemos a enterrar a Cuba. Quiero una respuesta inmediata”. (Conversación entre el general Augusto Pinochet y el almirante Patricio Carvajal. 11 de septiembre de 1973. 14.30 horas).

Fueron 17 años de espera. Un largo y negro período donde el dolor, las humillaciones, las pérdidas irreparables, marcaron para siempre a muchas familias chilenas. Derechos básicos como la vida, la libertad, la salud, la educación fueron atropellados. Tampoco se permitió a quienes vieron desaparecer a sus seres queridos, cumplir con el sagrado rito de darles digna sepultura. Después de 17 años, la familia del ex Presidente Salvador Allende, acompañada de quienes fueron sus amigos chilenos y extranjeros, sus partidarios, como también sus adversarios políticos, podrá cumplir con esta tradición. Alrededor de las 10 de la mañana del martes 4 de septiembre, veinte años después de que fuera elegido Presidente de Chile, el féretro de Salvador Allende, sepultado en forma casi clandestina la tarde del 12 de septiembre de 1973 en el cementerio Santa Inés en Viña del Mar, cruzará por fin “las anchas alamedas” que él mismo recordó en su último discurso. El cortejo pasará por un costado de La Moneda y se deten-

drá unos breves minutos frente a lo que fue la puerta de Morandé 80, para seguir su recorrido hasta la Catedral Metropolitana, donde será recibido por las máximas autoridades del país, encabezadas por el Presidente Patricio Aylwin y el Arzobispo de Santiago monseñor Carlos Oviedo, quien celebrará un responso fúnebre. Una vez finalizada la ceremonia, el cortejo se dirigirá al Cementerio General y, al llegar a la Pérgola de la Flores, la comitiva descenderá de los vehículos para marchar, tras su féretro, por Avenida La Paz hasta la puerta principal del camposanto. En la plazuela, se le rendirá un último homenaje. A nombre de las personalidades internacionales especialmente invitadas hablará el Primer Ministro de Francia, Michel Rocard. Posteriormente, en representación de sus camaradas, lo hará el presidente del Partido Socialista, Clodomiro Almeyda. Finalmente, en nombre del pueblo de Chile y como un nuevo gesto de reconciliación de quienes, hasta septiembre de 1973, fueran sus adversarios políticos, hablará el Presidente de la República Patricio Aylwin. Sus restos descansarán en paz en el mausoleo de la familia Allende.

LAS ULTIMAS 24 HORAS

"Compatriotas: es posible que silencien las radios, y me despido de ustedes. Quizás sea esta la última oportunidad en que me pueda dirigir a ustedes. La Fuerza Aérea ha bombardeado las to-

res de Radio Portales y Radio Corporación. Mis palabras no tienen amargura sino decepción, y serán ellas el castigo moral para los que han traicionado el juramento que hicieron soldados de Chile, comandantes en jefe titulares, el almirante Merino, que se ha autoproclamado, el general Mendoza, general rastrero que sólo ayer manifestara su solidaridad y lealtad al gobierno, también se ha denominado Director General de Carabineros. Ante estos hechos sólo me cabe renunciar. Colocado en un trance histórico, pagaré con mi vida la lealtad del pueblo".

La transmisión de Radio Magallanes, con ruidos e interferencias, remeció a muchos chilenos que, atentos, escuchaban la firme voz del Presidente Allende. Había llegado a La Moneda alrededor de las 7.30 horas de esa mañana del martes 11 de septiembre. Había dormido unas pocas horas. La tensión vivida en el país era insostenible. El aire estaba enrarecido y los rumores del golpe, tantas veces anunciado en esos últimos meses, habían aumentado 48 horas antes. El lunes anterior, durante un almuerzo en La Moneda al que concurren el ministro de Defensa Orlando Letelier, el titular del Interior, Carlos Briones, el asesor Joan Garcés, el periodista Augusto Olivares y los ex ministros Sergio Bitar y José Tohá, Allende anunció su decisión de llamar a un referéndum al día siguiente. También comunicó su decisión de designar de

inmediato a Tohá como Director General de Seguridad para tener una mejor coordinación de estas tareas y enfrentar las asonadas terroristas.

En su libro "Allende y la experiencia chilena", Joan Garcés recuerda con precisión las palabras vertidas por Allende a la hora de los postres: "Me propongo dirigir al país un mensaje. Les he convocado para que veamos la posibilidad de hacerlo esta noche. Es muy importante y hay que prepararlo bien. Por ello, quizás sea más conveniente que hable mañana a mediodía. En cualquier caso, quiero hacerlo antes de que se reúna el Consejo Nacional de la Democracia Cristiana, mañana por la tarde. Ellos deben conocer mis planteamientos antes de que empiecen la sesión". Para seguir esta discusión, Allende los invitó a cenar a su casa, en Tomás Moro. También estarían presentes su esposa Hortensia Bussi y su hija Isabel, quienes acababan de regresar de un viaje a México.

La comida fue interrumpida por un llamado telefónico desde La Moneda. Miria Contreras, secretaria privada del ex Mandatario, informa a Augusto Olivares que se ha recibido la noticia de que dos camiones con tropas han salido desde Los Andes hacia Santiago. Una vez terminada la cena, Allende pidió a sus colaboradores concurrir a su despacho para continuar con la discusión del mediodía. Carlos Briones informó que existía ya un acuerdo convenido con la directiva de la Democracia Cristiana para enviar al Parlamento algunos proyectos legislativos.

Una vez más, la conversación se vio interrumpida por otra llamada telefónica. Miria Contreras repetía por segunda vez la misma información concerniente al movimiento de tropas desde Los Andes. Allende pidió entonces a su Ministro de Defensa que llamara al Comandante de la Guarnición de Santiago, general Herman Brady, para inquirir antecedentes. El uniformado manifestó su extrañeza y solicitó que le telefonaran después. Desde el 29 de junio, día del "tanquetazo", se mantenía una permanencia en la secretaria privada de la Presidencia. Esa noche se encontraban allí, además de Miria Contreras, Carlos Jorquera, Arsenio Poupin, Víctor Pey, Ricardo Pincheira, Max Marambio, Eduardo Paredes y Alfredo Joignant.

Después de la medianoche, el teléfono volvió a sonar. Era de la secretaria privada para comunicar que se



había chegado la información con el Subsecretario de Defensa. Este, después de varias llamadas a otros uniformados, confirmó la salida de dos camiones hacia Santiago pues se prevía que el día 11 sería un día "crudo", ya que el Congreso debía resolver la petición de desfuero de los parlamentarios Carlos Altamirano y Oscar Guillermo Garretón. A las 2.30 de la mañana, Allende llamó nuevamente a La Moneda. "He hablado con Brady. Váyanse a descansar. Es muy tarde. Mañana será un día largo y difícil".

la encabeza. "El hombre que dijo ser leal hasta las últimas consecuencias, el confidente que revelaba al gobierno las intrigas de los conspiradores, el que en el mayor secreto discutía con Prats y Allende de las medidas para controlarlos y eliminarlos del Ejército, el que apenas dos días antes había escuchado al Presidente que llamaría a referéndum para resolver los principales dilemas político-económicos del país, era quien dirigía el levantamiento" (Joan Garcés).

Alrededor de las nueve de la maña-

que París, Claudio Jimeno, Jorge Klein, Eduardo Paredes, Ricardo Pincheira, Enrique Huerta, Osvaldo Puccio y su hijo Osvaldo, Danilo Bartulín, Arturo Jirón, Patricio Arroyo, Oscar Soto, Arturo Guijón -el equipo médico-, Daniel Vergara, Aníbal Palma, Lautaro Ojeda, los ministros José y Jaime Tohá, Clodomiro Almeyda y Fernando Flores. También hay un grupo de mujeres: Beatriz e Isabel Allende, las periodistas Verónica Ahumada, Cecilia Tormo y Frida Modack y su secretaria,

Miria Contreras. Fieles al Presidente se mantienen además un grupo de funcionarios de Investigaciones, encabezado por el inspector Juan Seoane, y su escolta personal integrada por quince miembros.

A pesar de la inminente amenaza de bombardeo y en un ambiente donde se respira la muerte, el grupo reitera su intención de permanecer junto a Allende. Sin embargo, éste solicita a las mujeres abandonar el lugar. Su hija Beatriz, embarazada de ocho meses, insiste dramáticamente ante su padre, pero debe salir junto al resto. Allende ha conse-

guido de los militares una pequeña tregua. El mismo las conduce hasta la puerta de Morandé 80 y saca un pañuelo blanco. De todas se despide con un beso. No se da cuenta de que Miria Contreras ha logrado ocultarse para permanecer hasta el final en La Moneda.

A las 12.05 comienza el bombardeo. La Moneda arde por todos los costados. En el interior, el aire tóxico y el humo dificultan la respiración. Allende y sus colaboradores se distribuyen máscaras antigases. Tropas de infantería, comandadas por el general Javier Palacios, inician el asalto mientras los tanques disparan sobre las ventanas.

Desde Investigaciones se recibe un

MORANDE 80

"Y les digo que tengo la certeza de que la semilla que entregáramos a la conciencia digna de miles y miles de chilenos no podrá ser segada definitivamente. En nombre de los más sagrados intereses del pueblo, en nombre de la patria, los llamo a ustedes para decirles que tengan fe. La historia no se detiene ni con la represión, ni con el crimen. Esta es una etapa que será superada. Este es un momento duro y difícil, es posible que nos aplasten. Pero el mañana será del pueblo, será de los trabajadores".



Minutos antes de la siete de la mañana, Allende está en su gabinete de trabajo con el teléfono en la mano. La Armada se ha sublevado; Pinochet no está en su casa, nadie responde las llamadas. A las siete y media ingresa a La Moneda; a su alrededor están desplegados gran cantidad de policías y tanquetas de Carabineros. Dentro, la guardia presidencial está en posición de combate. A las 7.40, Allende continúa telefoneando, solo detrás de su escritorio. A las 7.55, habla a través de los micrófonos de Radio Corporación.

A las 8.30 se conoce el primer bando de la Junta Militar de Gobierno. Para sorpresa de todos quienes permanecen en La Moneda, el general Pinochet

no llega a La Moneda el dirigente socialista Hernán del Canto. Este iba a nombre de su partido a pedir instrucciones. En su libro, Garcés consigna la respuesta del ex Mandatario: "Yo sé cuál es mi lugar y lo que tengo que hacer. Nunca antes me han pedido mi opinión. ¿Por qué me la piden ahora? Ustedes, que tanto han alardeado, deben saber lo que tienen que hacer. Yo he sabido desde un comienzo cuál era mi deber".

Las radios anuncian que se ha dado orden de bombardear La Moneda, si Allende no se rinde. En el palacio de gobierno están también Augusto Olivares, Carlos Jorquera, Arsenio Poupin, Joan Garcés, Jaime Barrios, Enri-

llamado telefónico. Se han comunicado con los militares y éstos acceden a la rendición del grupo que resiste en La Moneda. Hay un avión listo para que el Presidente y su familia puedan abandonar el país. La atmósfera es irrespirable. A ella se suma el profundo impacto que estremece a sus ocupantes al constatar que uno de ellos, el periodista Augusto Olivares, ha puesto fin a su vida. Es Eduardo Paredes quien convence al Mandatario de acceder al ofrecimiento de los uniformados. "Ya. Vamos a salir", dice Allende, y señala que debe ser Miria quien encabece la larga fila que comienza a caminar hacia la escalera que desciende hasta la puerta de Morandé 80. La evacuación comienza. Allende, caminando en dirección contraria, da la mano a cada uno, agradeciéndole su solidaridad, y entra al salón Independencia. Se sienta en un sillón de felpa rojo... El doctor Guijón observa con curiosidad el hueco iluminado de una puerta que hasta ese momento había permanecido cerrada. Se asoma en el instante en que se escuchan unas detonaciones. Mientras tanto, la hilera sigue avanzando. Como murmullo se transmiten la trágica noticia: el Presidente ha muerto. Mientras descienden la escalera para abrir la puerta de Morandé 80, el tenue sonido de la canción nacional es el último homenaje que se le rinde al Presidente. En la calle, los militares los esperan. La mayoría de los que combatieron en La Moneda están aún desaparecidos.

"Siempre estaré junto a ustedes, por lo menos mi recuerdo será el de un hombre digno que fue leal con la patria. El pueblo debe defenderse, pero no sacrificarse. El pueblo no debe dejarse arrasar ni acribillar, pero tampoco debe humillarse. Trabajadores de mi patria, tengo fe en Chile y en su destino. Superarán otros hombres este momento gris y amargo, donde la traición pretende imponerse. Sigán ustedes sabiendo que, mucho más temprano que tarde, se abrirán las grandes alamedas por donde pase el hombre libre para construir una sociedad mejor. ¡Viva Chile, viva el pueblo, vivan los trabajadores! Estas son mis últimas palabras, teniendo la certeza de que el sacrificio no será en vano. Tengo la certeza de que, por lo menos, habrá una sanción moral que castigará la felonía, la cobardía y la traición".●

MARIA EUGENIA CAMUS



Allende, un socialista

CLODOMIRO ALMEYDA M.

Salvador Allende no fue un socialista ideologizado. Su temperamento pragmático no lo hacía proclive a la teorización abstracta ni a la especulación filosófica.

Tampoco Allende fue el estereotipo del militante internista, que vive dentro del Partido y para el Partido, considerando a éste como un fin en sí mismo.

Ni la ideología ni la militancia fueron los rasgos decisivos de la personalidad socialista de Salvador Allende.

Lo fueron -y es lo importante- su compromiso y su lealtad con los valores morales y políticos del humanismo socialista. Y lo fueron también su lealtad y su compromiso con su pueblo, cuya liberación y cuyo destino los veía íntimamente ligados y dependientes del desarrollo y la realización del ideal socialista.

En nexos entre la idea socialista y el pueblo trabajador lo visualizaba Allende cristalizado en el Partido. Por eso, cuando proclamaba, ya convertido en figura prominente del quehacer político nacional, que "todo lo que soy se lo debo al Partido", quería significar que veía en el Partido Socialista la encarnación de su ideal y el instrumento del pueblo al que deseaba servir.

Y a la vez quería decir, al definirse como un hombre que todo lo que había llegado a ser se lo debía al Partido, que ese Partido Socialista le había ofrecido la oportunidad para que pudiera desplegar las potencialidades de su personalidad, reconociendo sus vocaciones y habilidades.

Su Partido le permitió llegar al Parlamento en 1937 y destacarse en él como un combativo diputado popular. Su Partido le entregó la responsabilidad de desempeñarse como Ministro de Salubridad en el gobierno de Pedro Aguirre Cerda. Luego, en 1943, su Partido lo eligió como su Secretario General, teniendo presente que su nombre aunaba como el que más a las distintas tendencias socialistas.

Senador después en sucesivos períodos por las más diversas zonas del país, Allende se vinculó estrechamente con la vida partidaria en cada una de las regiones que representó en la Cámara Alta. No fue extraño, pues, que finalmente su Partido lo designara como candidato a la Presidencia de la República y, en unión con los otros partidos populares, lo hiciera triunfar llevándolo a La Moneda en 1970.

La vida partidaria de Allende no estuvo exenta de accidentados avatares. Las distinciones que recibió del Partido no fueron óbice para que en muchas ocasiones Allende discrepara de las orientaciones partidarias y tuviera con su dirección no pocos entreveros y conflictos.

Pero siempre primó ante tales situaciones su lealtad al Partido, traducida en su acatamiento a la disciplina y a las decisiones de las autoridades. Sólo en una ocasión se produjo entre Allende y el Partido un conflicto que no tuvo solución. Pero ello ocurrió con motivo de una circunstancia en la que -en el parecer de Allende- la política del Partido vulneraba principios y valores para él fundamentales e intransables. Ello se produjo cuando el Partido Socialista Popular decidió apoyar la candidatura presidencial de Carlos Ibáñez del Campo. Aunque al autor de estas líneas le correspondió a la sazón la ingrata tarea de hacer imperar la legalidad partidaria con un alto costo, hay que reconocer que, en el contexto que rodeó aquel episodio, la actitud de entonces de Allende no desmiente su esencial postura de militante disciplinado y responsable.

Allende, como socialista, no era ni sectario, ni estrecho, ni dogmático. Al socialismo lo veía firmemente instalado en la izquierda, aliado y no antagonista con las otras fuerzas democráticas. Ahora, al recordarse su memoria, hay que destacar este legado unitario de Allende, para quien el socialismo no agotaba ni cubría todo el espacio político de la izquierda. Por consiguiente, para que pudiera actualizar todas sus virtualidades, era necesario para Allende que el socialismo recogiera de su entorno todo lo valioso que podía encontrarse en él, se abriera hacia la gente con generosidad y se coaligara con todos los otros actores y partidos políticos populares en la más estrecha alianza posible, para poder bregar juntos por los objetivos comunes.

Pudo así Allende conjugar armónicamente su compromiso indesmentible con su Partido con su condición de artífice privilegiado de la unidad de la izquierda chilena.

PENSAMIENTO POLITICO

“La vía chilena al socialismo”



“**H**ablar de Salvador Allende requiere partir desentrañando aquel acto que marca su sitio en la memoria colectiva. Ese gesto, a través del cual necesariamente se interpreta toda su existencia, fue morir por sus ideales”, escribió, hace ya algunos años, Tomás Moulian, en un artículo que tituló “Allende y la Unidad Popular”. Y continuó diciendo: “Por esa donación de su vida, Allende siempre tendrá dos significados diferentes. Uno es el político-conceptual; el otro, el simbólico”.

Salvador Allende es quizás una de las personalidades más atractivas de los últimos tiempos. Sobre él y sobre los últimos tres años de su vida, al frente del gobierno -constitucional y democráticamente elegido- de la Unidad Popular, se han escrito miles de páginas y decenas de libros en el mundo entero. Cualquier intento por

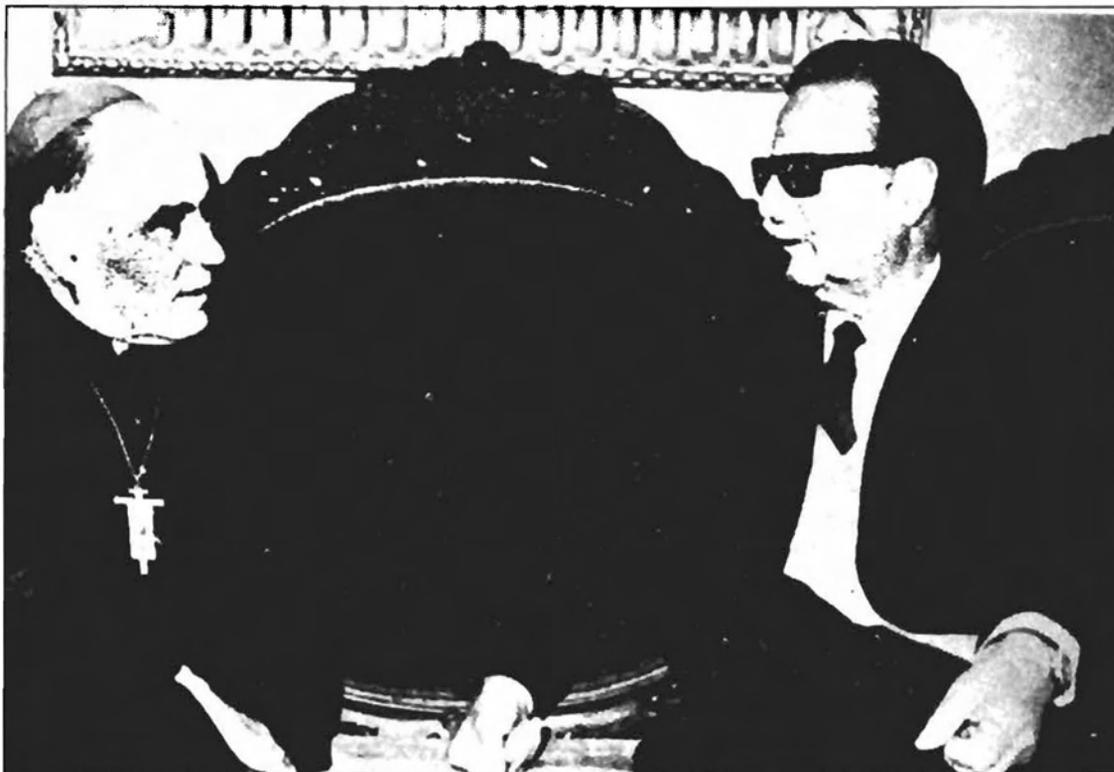
La coherencia y consecuencia política de Salvador Allende aún sorprenden y encantan más allá de nuestras fronteras. Muchas calles y plazas en el mundo entero llevan su nombre.

resumir su pensamiento político en pocas líneas, corre el riesgo de ser parcial.

Allende, médico de profesión y político por vocación, recibió desde muy temprano la influencia de su madre, “una gran católica”. Sin embargo, él escogió otros rumbos, abrazó la teoría y práctica marxista y fue además un destacado masón. “Pero más allá de las etiquetas, que este país es tan dado a pegar en las personas, Allende es una clara expresión de aquel dicho ‘por sus frutos los conoceréis’”, comentó Sergio Bitar, uno de sus más jóvenes y cercanos colaboradores y actual Secretario General del PPD. “Si uno mira a este hombre desde una perspectiva histórica, se sorprende por la consecuencia de toda la vida que él mantuvo. Una posición política siempre inclinada a la gente más pobre, a la democratización, a la justicia. Y eso fue desde sus tiempos de estudiante en

la Escuela de Medicina. Junto con la lealtad y el compromiso, otro de los rasgos característicos de su personalidad fue la construcción de mayorías, a las cuales siempre estuvo abocado", continuó recordando Bitar.

Hace pocos días, en un foro realizado en el Centro de Extensión de la Universidad Católica, donde se debatió el programa económico del gobierno de la Unidad Popular, algunos panelistas,



con cifras en la mano, delinearon el descalabro económico que se había producido durante esos tres años. Y se preguntaban cómo, a pesar de que los indicadores macroeconómicos eran tan alarmantes, los partidos que conformaban la Unidad Popular lograron el 44 por ciento de los votos en las elecciones parlamentarias de marzo de 1973. La respuesta tiene que ver con lo que recordaba Sergio Bitar: la capacidad de Allende para la construcción de mayorías y su lealtad y consecuencia en la defensa de los intereses de los más desposeídos.

SU UTOPIA

"Es este un tiempo inverosímil, que provee los medios materiales de realizar las utopías más generosas del pasado. Sólo nos impide lograrlo el peso de una herencia de codicias, de miedos y de tradiciones institucionales obsoletas. Entre nuestra época y la del hombre liberado en escala planetaria, lo que media es superar esta tendencia. Sólo así se podrá convocar a los hombres a reedificarse no como productos de un pasado de esclavitud y explotación, sino como realización consciente de sus más nobles potencialidades. Este es el ideal socialista", señaló Allende en su Primer Mensaje al Congreso Pleno, el 21 de mayo de 1971. A este ideal y al largo proceso de

materialización que requeriría en Chile, Allende le llamó "la vía chilena al socialismo".

Sabía que la tarea que tenía por delante era difícil. Sabía también que la experiencia que intentaba realizar era única en la historia. "No existen experiencias anteriores que podamos usar como modelos; tenemos que desarrollar la teoría y la práctica de nuevas formas de organización social, política y económica, tanto para la ruptura con el subdesarrollo como para la creación socialista", señaló Allende en su Mensaje de 1971. En esa misma oportunidad agregó: "Chile es hoy la primera nación de la tierra llamada a conformar el segundo modelo de transición a la sociedad socialista (Lo diferenciaba así del otro modelo basado en la Dictadura del Proletariado). Este desafío despierta vivo interés más allá de las fronteras patrias. Todos saben, o intuyen, que aquí y ahora la historia empieza a dar un nuevo giro...". Jorge Arrate, en un artículo publicado en el año 1983, comentaba estas palabras de Allende: "El 'nuevo giro' correspondía a la ocasión singular en que la sustitución del sistema capitalista por el socialista se realizaba a través de un proceso social caracterizado por acciones no violentas. Constituía la transición de un sistema a otro que, a su vez, conservaba y desarrollaba aún más las principales conquistas civiles,

es decir, la naturaleza democrática y el respeto a la libertad individual y a los derechos del hombre".

Esta "vía chilena al socialismo", definida por Allende, ha recibido diferentes denominaciones. Algunos la han preferido llamar "vía pacífica" o "vía no armada", poniendo el énfasis en la forma de lucha dominante. Otros han optado por llamarla "vía político-institucional". En la literatura de izquierda y con un carácter más peyorativo, se la ha llamado "vía legal", "vía constitucional" o "vía parlamentaria". Arrate la denomina "vía allendista al socialismo", y el mismo Allende también la denominó en más de una ocasión como "vía democrática".

LA NO VIOLENCIA

Allende definía su vía chilena al socialismo como una vía no violenta, ya que ésta era la "más acorde con nuestra idiosincrasia, con nuestras tradiciones". El 5 de noviembre de 1970, en el Estadio Nacional, expresó: "Sin renunciar a sus metas revolucionarias, las fuerzas populares han sabido ajustar su actuación a la realidad concreta de las estructuras chilenas, contemplando los reveses y los éxitos, no como derrotas o victorias definitivas, sino como hitos en el duro y largo camino hacia la emancipación". En la Unctad, en abril de 1972, señaló: "Consecuen-

tes con lo que ha sido nuestra historia y tradición, estamos realizando esta transformación revolucionaria profundizando el régimen democrático, respetando el pluralismo de nuestra organización política, dentro del orden legal y con los instrumentos jurídicos que el país se ha dado, no sólo manteniendo sino ampliando las libertades cívicas y sociales, individuales y colectivas". Allende advirtió también, en su Mensaje a la Nación del año 1972, sobre los riesgos de alejarse de la vía elegida: "Eso sería un salto en el vacío... Pero también someter al país, y principalmente al pueblo, a la pérdida de vidas, así como de fuentes de trabajo y bienestar que necesita". Pero esta actitud en el pensamiento político de Allende no debe confundirse con un pacifismo o una no violencia absoluta. "No se puede descartar que la escalada contra el régimen institucional llegue a provocar las condiciones de la ruptura violenta. El Gobierno y los trabajadores organizados están conscientes de ello, dispuestos a asumir el papel que les corresponde", señaló en el Mensaje de 1972.

LAS INSTITUCIONES

A pesar de las continuas dificultades que encontró el Gobierno de la Unidad Popular en el Parlamento, Allende le reconocía a éste, y al juego parlamentario que allí se daba, toda la

magnitud y respeto que se merecía. Confiaba y creía, además, en la capacidad de esta institución para efectuar las transformaciones estructurales necesarias para desarrollar la vía chilena al socialismo. En su Primer Mensaje al Congreso Nacional dijo: "Tengo muy presente que aquí se debatieron y se fijaron las leyes que ordenaban la estructura agraria latifundista; pero aquí también fueron derogadas instituciones obsoletas, para sentar las bases legales de la reforma agraria que estamos llevando a cabo. Las normas institucionales en que se basa la explotación extranjera de los recursos naturales de Chile fueron aquí establecidas. Pero este mismo Parlamento las revisa ahora para devolver a los chilenos lo que por derecho les pertenece".

Allende tampoco consideraba necesaria la existencia del "partido único" -fórmula por lo demás común en los países que en su época vivían el llamado socialismo real- y rescataba el sistema de elecciones libres, secretas, democráticas e informadas. Jorge Arrate, en el artículo antes mencionado, señala que "no se trataba de rechazar en general tal posibilidad (la del partido único) para todos los pueblos y todas las circunstancias. Pero, en Chile, era factible otro camino, que tenía además la virtud de posibilitar que su resultado fuese algo nuevo, superior, nunca antes conocido". Y a continuación Arrate cita a Allende en el discurs-

so de noviembre en el Estadio Nacional: "(El camino chileno sería) construido a lo largo de nuestra experiencia, el consagrado por el pueblo en las elecciones, el señalado en el programa de la Unidad Popular: el camino al socialismo en democracia, pluralismo y libertad... La Unidad Popular hace suyo este lema no como una consigna, sino como su vía natural". En otra parte del discurso expresa que "los teóricos del marxismo nunca han pretendido, ni la historia demuestra, que un partido único sea una necesidad en el proceso de transición hacia el socialismo".

Allende también se enfrentó con sectores de la izquierda y de su propio partido que preconizaban la destrucción del Estado como condición necesaria para avanzar en la construcción del socialismo. En el Informe al Pleno Nacional del PS en marzo de 1972, les dijo: "Los militantes del Partido Socialista deben ser conscientes de que, contrariamente a lo que el Informe Político sostiene, el camino más corto hacia las transformaciones cualitativas del sistema político actual no pasa forzosamente por la quiebra y la destrucción de la constitucionalidad vigente. Ese es un profundo error". Anteriormente, el 10. de mayo de 1971, Allende les había dicho a los trabajadores: "Queremos que cada trabajador comprenda que la teoría revolucionaria establece que no se destruye absoluta y totalmente un



regimen o un sistema para construir otro; se toma lo positivo para superarlo, para utilizar esas conquistas y ampliarlas". Sus posturas en éste y otros terrenos, le valieron, por parte de sectores de izquierda, el mote de reformista. "Si olvidáramos que nuestra misión es establecer un proyecto social para el hombre, toda la lucha de nuestro pueblo por el socialismo se convertiría en un intento reformista más. Si olvidásemos las condiciones concretas de que partimos, pretendiendo crear aquí y ahora algo que excede nuestras posibilidades, también fracasaríamos", dijo en su Mensaje al Congreso Pleno en 1971.

El 4 de septiembre de 1970 Allende obtuvo el 36 por ciento de los votos. En las elecciones municipales de abril de 1971 los partidos de la Unidad Popular obtuvieron el 50 por ciento de la votación. Fue preocupación permanente de Salvador Allende desarrollar en torno a su proyecto un consenso democrático mayoritario, "abrir paso a las grandes mayorías". En el Estadio Nacional, en noviembre de 1970, Allende dijo: "El triunfo popular marcó la madurez de la conciencia de un sector de nuestra ciudadanía. Necesitamos que esa conciencia se desarrolle aún más. Ella debe florecer en miles y miles de chilenos que si bien no estuvieron junto a nosotros son una parte del proceso, están resueltos a incorporarse a la gran tarea de edificar una nueva nación con una nueva moral". En el informe al Pleno de su partido, en 1972, enfatizó nuevamente: "Es la tarea imperiosa de las fuerzas populares convencer, mediante la acción revolucionaria, el ejemplo y la eficacia, a las grandes mayorías del pueblo, del sentido y razón de ser de la revolución".

El pensamiento y la acción política de este hombre, que esta semana cumpliría dos décadas de su momento de mayor gloria y triunfo, fueron fundamental y profundamente creativos y originales, realistas y al mismo tiempo utópicos. Su discurso y su acción fueron de una coherencia permanente. Allende creyó y se jugó por entero, cabeza y corazón, por "la vía chilena al socialismo". Su muerte y la forma en que ésta ocurrió lo elevaron a la categoría de los grandes hombres que ha producido este país. Sus propios verdugos contribuyeron a que la figura de Salvador Allende trascienda tiempos y fronteras. ●

IVAN BADILLA



El Cid cabalga

VOLODIA TEITELBOIM

En Chile no es una historia única la de este hombre sepultado con su nombre sólo diecisiete años después de su muerte. Porque es la hora larga del escalofrío, en que van reapareciendo los desaparecidos convertidos en puro hueso. Vivimos los días de los desenterrados.

Lo que resulta único es que las exequias públicas del más ilustre de los desenterrados se realicen justamente veinte años después de la fecha en que este hombre fuera elegido por el pueblo Presidente de la República.

Continúa siendo un nombre polémico. Por lo tanto, habrá que concluir que está vivo como figura y significado. Sigue cabalgando en la memoria y el debate de los chilenos. Sus enemigos oponen al cuatro el once. Los fundamentalistas de Pinochet celebrarán el contrafuneral de Allende con un aquelarre que festejará el golpe de Estado.

Hay muy "distintas lecturas" allendistas. Pero por mucho que quieran cambiarlo, no podrán torcerle la nariz a la realidad evidente: **Allende fue un izquierdista de toda la vida.** Luchó más de cuarenta años para que el pueblo se uniera, creciera y llegase a ser alternativa de poder. Animal político por excelencia, fue el líder más señalado de la izquierda chilena en la segunda mitad del siglo XX. Carismático para el pueblo, no tanto para las cúpulas, trabajó por una vasta coalición avanzada, donde confluyeran vertientes marxistas, cristianas, independientes, además de las vinculadas al racionalismo masónico, al cual también estuvo ligado.

Al revés de lo que sostiene "El Mercurio", no fue un "marxista clásico" sino un revolucionario atípico. Más que un teórico un hombre de acción, con un consistente bagaje de ideas. Le gustaba hablar del "socialismo a la chilena, con olor a vino tinto y empanada". Quería expresar así, en lenguaje llano, el carácter primordialmente vernáculo y latinoamericanista de su utopía posible. Ansiaba una sociedad animada por criterios de humanismo integral. Creía -como lo volvió a subrayar minutos antes de morir- sobre todo en los trabajadores. A su juicio, la unidad socialista-comunista constituía cimiento sólido de una alianza de la izquierda completa. Socialista de siempre, contó con la adhesión de los comunistas, que, tanto en la oposición como en el gobierno, apoyaron su postulación y su programa con lealtad y energía.

Salvador Allende solía puntualizar con orgullo que él no era colono de nadie ni aceptaba vaticanos ideológicos. Sufrió a los sectarios. Quiso llegar a un acuerdo con la Democracia Cristiana a fin de salvar al país de la catástrofe.

Seguirá creciendo. Nadie tiene derecho a dudar de su fidelidad al pueblo. La confirmó con la prueba suprema, con ese final de tragedia griega, tremendo y majestuoso, donde seres minúsculos intercalaron escenas apocalípticas arrancadas a las páginas más tétricas y tenebrosas de las novelas del dictador.

Estamos ciertos de que su nombre resplandecerá asociado legítimamente a la izquierda necesaria de ayer, de hoy y de mañana. Cualquier genuino diseño socialista del futuro deberá tomar muy en cuenta su aporte, no para proyectarlo fuera de contexto sino para dar continuidad, en un tiempo nuevo y en una realidad diferente, a las esencias más limpias y vivas de su espíritu y pasión revolucionarios. ●

EL GOBIERNO DE ALLENDE

Mil días que estremecieron a Chile

La debacle de la democracia para unos, el sueño truncado de otros, fueron casi tres años de intensos acontecimientos que buscaron iniciar un camino de cambios profundos.

Dos mil días de la Unidad Popular -el gobierno de Salvador Allende- quedaron grabados a fuego en la memoria de quienes vivieron ese período, sin duda uno de los más convulsos de la historia de Chile. Para aquellos que no tuvieron la oportunidad, recién hoy, veinte años después, se abre la posibilidad de conocer lo que realmente ocurrió, sin las graves distorsiones con que la dictadura de Pinochet intentó desvirtuar la memoria histórica de este pequeño país que, en 1970, acaparó la atención mundial con su "vía chilena al socialismo".

Efectivamente, fue aquí en Chile donde la marea progresista que inundó el mundo y especialmente América Latina en la década del 60, se expresó en una forma inédita a través de la elección democrática de un Presidente marxista que proponía derechamente un gobierno para conducir al país hacia una sociedad socialista, en el marco de una democracia pluralista, dentro de la legalidad

vigente y por la vía pacífica.

Con una mayoría relativa del 36 por ciento de la votación popular, Salvador Allende Gossens alcanzó la presidencia el 4 de septiembre de 1970 en su cuarto intento, apoyado por una alian-

za denominada Unidad Popular. Esta se basó fundamentalmente en el tradicional eje socialista-comunista, aglutinando además a partidos representativos de capas medias como el Radical, y a sectores escondidos de la Democracia Cristiana como el MAPU y posteriormente la Izquierda Cristiana.

Pero el proyecto de la UP era mucho más ambicioso que llegar al gobierno. Tal vez una estrofa de una de las canciones de la campaña electoral resume mejor esa intención: "porque esta vez no se trata, de cambiar un Presidente, será el pueblo quien construya un Chile bien diferente".

En términos más políticos, el Pro-



grama de Gobierno de la UP lo definió así: "Las fuerzas populares y revolucionarias no se han unido para luchar por la simple sustitución de un Presidente de la República por otro, ni para reemplazar a un partido por otro en el gobierno, sino para llevar a cabo los cambios de fondo que la situación nacional exige sobre la base del traspaso del poder de los antiguos grupos dominantes a los trabajadores, al campesinado y sectores progresistas de las capas medias de la ciudad y del campo".

El carácter de ese proyecto despertó el tenaz rechazo de los grupos que se oponían al cambio. Ya antes de asumir Allende, el asesinato del Comandante en Jefe del Ejército, René Schneider, y afirmaciones como la del Secretario de Estado norteamericano, Henry Kissinger ("hay que hacer crujir la economía chilena") fueron el presagio de las enormes dificultades a las

que se vería sometido el proceso.

LAS 40 MEDIDAS

Tras efectuar un diagnóstico de la sociedad chilena, el Programa de Gobierno de la UP se definió como antioligárquico, antimonopólico y antiimperialista, y propuso una combinación de cambios estructurales y medidas sociales. Estas últimas fueron las llamadas 40 medidas básicas, e incluían la entrega de medio litro de leche diario a todos los niños chilenos menores de catorce años, la construcción de 160 mil viviendas, el aumento de los salarios, la eliminación del desempleo, el control de precios de los artículos de primera necesidad, becas alimenticias y de matrículas para la enseñanza básica, media y universitaria, consultorios materno-infantiles en todas las poblaciones, el fomento del turismo popular, procedi-

mientos rápidos en la administración de justicia, en colaboración con las juntas de vecinos. En fin, las 40 medidas fueron de carácter muy amplio y abarcaron todos los ámbitos de la sociedad.

En cuanto a las transformaciones más de fondo, éstas se centraron en tres campos: la recuperación de las riquezas básicas del país para los chilenos, la profundización de la reforma agraria y la supresión de los monopolios. A ello apuntó la división de la economía en las áreas social o estatal, mixta y privada.

EL AÑO DEL EXITO

Con ese plan comenzó el gobierno, cuyo primer año estuvo



marcado por una fuerte ofensiva de las fuerzas populares. Se planteó la política expansiva de los catorce meses, con el fin de absorber la cesantía, obtener la plena ocupación de la capacidad industrial y redistribuir los ingresos. En este nivel, las cifras indican que los resultados fueron exitosos: la economía creció en un 8 por ciento, la inflación bajó a un 22.1, el desempleo a la histórica tasa de 3.8, y los salarios reales aumentaron en un 22.9 por ciento.

Simultáneamente, se iniciaron las reformas estructurales mediante la nacionalización de la gran minería (cobre, hierro, carbón y salitre). La nacionalización del cobre, aprobada por la unanimidad del Congreso, constituyó un hito histórico. Por otra parte, se aceleraron la aplicación de la reforma agraria y la formación del área social mediante la estatización de la banca y de las industrias definidas como de carácter estratégico para la economía nacional. Se trataba de incorporar a 90 empresas al área social y mixta.

Quienes protagonizaron el período recuerdan que en el país imperaba un ambiente de alegría y gran participación popular a través de sindicatos, juntas de vecinos, federaciones estudiantiles, centros culturales y otras diversas organizaciones sociales. El apoyo popular al gobierno iba en aumento, y se tradujo en un 50 por





ciento de la votación para los candidatos de la UP en las elecciones de regidores efectuadas ese año. Ese respaldo, sin embargo, no se expresaba en el Poder Legislativo, donde la oposición tenía una mayoría conquistada durante el gobierno de Eduardo Frei.

COMIENZA LA CRISIS

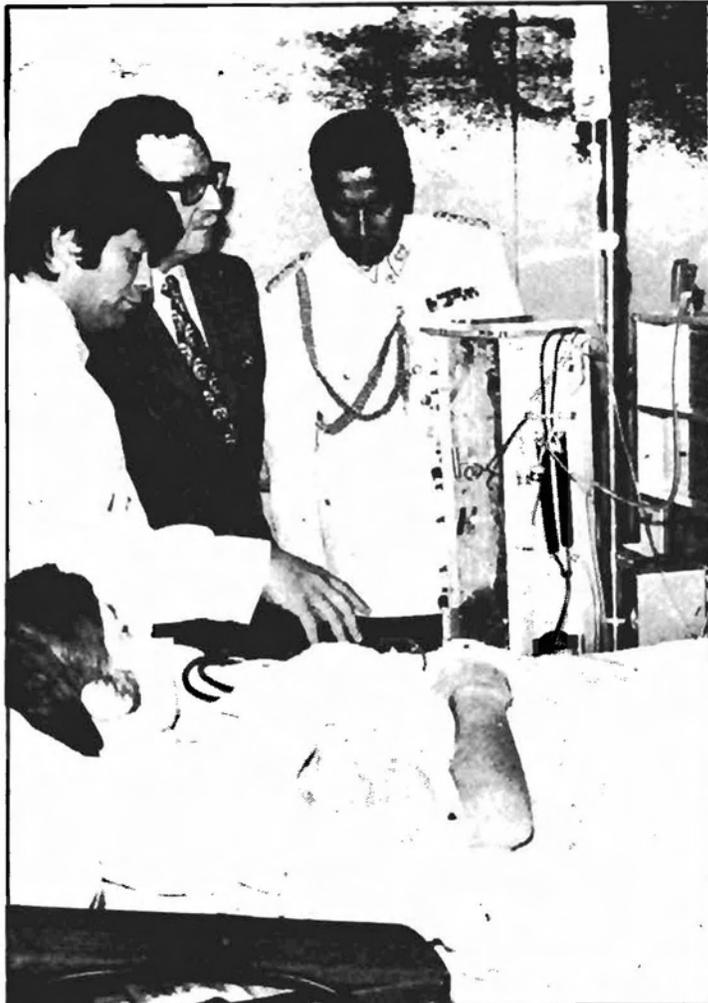
El año 1972, la situación comienza a tomar otro giro cuando se hacen sentir los efectos del boicot económico impuesto por Estados Unidos, y aparecen los primeros signos de desabastecimiento, el mercado negro, la

presión inflacionaria y una mayor polarización de los actores sociales y políticos. Al mismo tiempo, se agudizan las contradicciones internas en la UP y el Gobierno empieza a perder iniciativa.

Progresivamente, Allende se ve obligado a asumir cada vez más un rol de mediador, más que de conductor, entre los que a grandes rasgos se dividen entre las consignas "avanzar consolidando" o "consolidar avanzando".

A nivel internacional, sin embargo, su figura crece y Chile aparece como una esperanza para los países en desarrollo, ejerciendo un abierto liderazgo.

Chile se integra al Movimiento de Países No Alineados, da un nuevo impulso a las relaciones bilaterales y al Pacto Andino. La política de abrir relaciones con todos los países del



mundo se traduce en lazos diplomáticos con Cuba, China y la RDA, y con numerosos países de África que inauguran su vida independiente. Allende emprende numerosas giras, cuyo punto más alto es su intervención ante la Asamblea General de Naciones Unidas, largamente ovacionada. Chile recibe la histórica visita de Fidel Castro, que recorre la mayor parte del país.

Entretanto, el proyecto de la Escuela Nacional Unificada, ENU, enturbia las armónicas relaciones entre el Gobierno y la Iglesia Católica, que evalúa la iniciativa como un intento de ideologizar la educación. Esa misma sensación de amenaza ante la supuesta intención de imponer una dictadura marxista totalitaria es divulgada masivamente por los medios de comunicación opositores, logrando permear sectores medios que otrora miraban con simpatía el proceso. Actitudes de la ultraizquierda, que participan en



enfrentamientos paramilitares con grupos de ultraderecha como "Patria y Libertad", contribuyen a crear un clima cada vez más confrontacional en el país.

El paro que durante todo el mes de octubre protagonizaron los camioneros dio inicio a una etapa abiertamente subversiva, que buscaba crear las condiciones para una intervención militar. A su vez, la formación de la Confederación Democrática, CODE, integrada por la Democracia Cristiana, el Partido Nacional y la Democracia Radical, determinó un cambio en la correlación de fuerzas políticas que aislaba y arrinconaba al Gobierno.

EL DERRUMBE

Visionariamente, Allende advirtió en su segundo mensaje ante el Congreso Pleno, el 21 de mayo de 1972: "La gran cuestión que tiene planteada el proceso revolucionario, y que decidirá la suerte de Chile, es si la institucionalidad actual puede abrir paso a la transición al socialismo. La respuesta depende del grado en que aquélla se mantenga abierta al cambio, y de las fuerzas sociales que le dan su contenido. Sólo si el aparato del Estado es



franqueable por las fuerzas populares, la institucionalidad tendrá suficiente flexibilidad para tolerar e impulsar las transformaciones estructurales sin

desintegrarse... No se puede descartar que la escalada contra el régimen institucional llegue a provocar las condiciones de ruptura violenta".





Al comenzar el año 1973, el Gobierno se encuentra prácticamente sin capacidad de manobra, pero no recurre nunca a estados de excepción, a coartar la libertad de prensa o a medidas represivas. Allende intenta generar consensos, incluyendo a representantes de la CUT y de las FFAA en su gabinete. Es así como nombra Ministro de Interior al comandante en jefe del Ejército, Carlos Prats, mientras se suceden las acusaciones constitucionales contra sus hombres de confianza desde el Congreso. El clima confrontacional traspasa

toda la sociedad, incluyendo los tres poderes del Estado.

A pesar de todo y en medio de la crisis, la Unidad Popular aumenta su representación parlamentaria, obteniendo un 44 por ciento de la votación en las elecciones del mes de marzo. Observadores plantean que ese hecho literalmente sepultó las esperanzas de la oposición de ganar esa contienda, para luego destituir a Allende desde el Parlamento argumentando la ilegitimidad del gobierno.

Pocos días antes del golpe militar, Allende llega a un acuerdo con la DC para llamar a un plebiscito el día 11 de septiembre. En caso de no obtener el apoyo del pueblo, renunciaría. Así lo comunica a los militares, que a esas alturas estaban comandados por Augusto Pinochet, a quien el propio Prats nombró tras verse obligado a renunciar por presiones de la derecha. Sin embargo, los acontecimientos se precipitaron. Allende nunca pudo efectuar tal convocatoria. Terminaba así el sueño de la "vía chilena al socialismo" y de toda una generación que creyó tocar el cielo con las manos.●

SUSANA KUNCAR



El Ejército no necesita padrino

ANDRES DOMINGUEZ V.

Desde muy pequeños los chilenos oímos decir a nuestros padres y profesores que en Chile el Ejército era un cuerpo jerarquizado y bajo mando despersonalizado, cuyos fines y objetivos descansaban en principios y normas heredados de la historia patria y que, por lo mismo, no depende de ideologías sectoriales, partidarias o personales.

Esa visión, que se nos transmitió desde los abuelos y los padres hasta los maestros de las escuelas, se quebró abruptamente a raíz del 11 de septiembre de 1973.

Un grupo de oficiales deliberaron y establecieron, en el Bando No. 5, las razones políticas del abandono de su juramento a la Constitución de 1925.

Allí se dijo que el Gobierno de la Unidad Popular no respetaba la Constitución, por lo que la Junta Militar decidió dejarla sin efecto. Que lo propio sucedía con el Congreso y los Tribunales de Justicia, lo que se tradujo en la disolución del primero y la instalación de Consejos de Guerra para anular la acción de los segundos en relación a los derechos y libertades fundamentales de las personas.

La acusación al Gobierno de la Unidad Popular, de no respetar la libertad de información, fue un pretexto para suprimirla.

Pero más allá aún, desde el mes de octubre de 1973, el mando regular del Ejército de Chile vio surgir a su lado, sin dependencia jerárquica del mismo, un poder político armado represivo llamada Comisión DINA, que luego, a mediados del '74, se convirtió en simple DINA, para finalmente travestirse en CNI; al mismo tiempo que el Estado Mayor del Ejército y el conjunto de las Fuerzas Armadas fueron reemplazados, en el orden interno, por los Jefes de Zona en estados de excepción constitucional de dependencia política directa.

Este proceso, del cual son fruto directo los más graves crímenes atroces contra la humanidad, que nunca soñamos los chilenos se podían producir en el país, fue personalizando el poder en el Ejército en la figura del general Pinochet, lo que no sucedió ni en la Marina, la Fuerza Aérea ni Carabineros de Chile.

Las últimas declaraciones del general Pinochet en "El Mercurio", hace dos domingos, parecen la culminación del proceso de creación de una dependencia personal del Ejército respecto a su persona, como si esa institución, válida por sí misma, debiera su vida a un individuo.

Por eso, humildemente, me atrevo a levantar mi voz de simple chileno, para decir: "El Ejército Chileno no necesita padrino".●

ALLENDE

Las grandes obras de su gobierno

GONZALO MARTNER *

Cuando se están cumpliendo veinte años del triunfo en las urnas de las fuerzas populares, es posible -con más perspectiva histórica- enjuiciar cuál fue el verdadero y significativo aporte del gobierno que presidió Salvador Allende. Dejando de lado el análisis meramente anecdótico y las visiones cortoplacistas, parece lo más prudente tratar de identificar las transformaciones sociales y económicas producidas entre 1970 y 1973 y sus repercusiones posteriores.

Lo que recogerá la historia de Chile será el aporte que realizó Allende y su gobierno a través de las reformas estructurales de largo alcance. Las hemos agrupado en tres grandes áreas.

La reforma agraria, a nuestro juicio, fue la más penetrante en la vida social y económica del país, al realizar una masiva transferencia de tierras -las mejores del país- desde los viejos latifundistas a nuevos empresarios agrícolas.

La vieja estructura de tenencia de la tierra, entre otros factores, había conducido al estancamiento de la producción agropecuaria en el largo plazo. Incluso, conforme a informaciones del Banco Central, esta producción no creció entre 1968 y 1970. En 1969 se dictó la Ley de Reforma Agraria No. 16.640, con el apoyo legislativo del PDC y partidos del FRAP. La presión campesina había venido creciendo, gracias a la organización sindical, y aumentó el número de huelgas llegando a mil 580 en 1970 (según Icirá) y también creció el número de tomas de fundos alcanzando a 661 entre 1960 y 1970. El gobierno del Presidente Frei expropió mil 400 predios, que comprendían un área de tres millones 557 mil hectáreas, o sea, el 24 por ciento del total de predios hasta 1973, con el 35 por ciento del área apropiada hasta aquel año.

El Gobierno de Allende continuó aplicando la Ley de Reforma Agraria vigente; creció la masa sindicalizada. Pero la presión de grupos de ultraizquierda conduciría a nuevas tomas, en este caso de tierras que no estaban dentro de los marcos de la Ley de Reforma Agraria. El Presidente Allende condenó este tipo de tomas y continuó la expropiación del gran latifundio. Hacia fines de 1972 ya había agregado cuatro millones 409 mil nuevos predios con una superficie de 4.4 millones de hectáreas. El total de los predios expropiados fue de cinco mil 809, con un total de casi diez millones de hectáreas. Estas cifras han sido publicadas por un informe del Banco Mundial de 1980 titulado "Chile, an economy in transition".

Según estas cifras, el Presidente Allende realizó la expropiación del 76 por ciento de los predios expropiados entre 1968 y 1973, con el 64 por ciento del área expropiada. Esto muestra que "el peso" de la reforma agraria lo hizo el gobierno de Allende, logrando el fin del latifundio en Chile. El juicio sereno y conservador del Banco Mundial fue el

siguiente en el informe citado: "Aun en sus momentos más turbulentos, la reforma fue realizada con admirablemente poca violencia y destrucción de la propiedad".

Tampoco hubo una baja generalizada de la producción agraria, a pesar de que cerca de la mitad de las tierras cultivables cambiaron de dueño. Las cifras del Banco Central dicen que la producción agraria creció en 6.7 por ciento en 1971, bajó en 4.1 en 1972 y se elevó en 14.6 por ciento en 1973. A pesar de que se acusó al Presidente Allende de haber "destruido" la agricultura, al no haber paros como el de transportes y otras maniobras, la producción agropecuaria aumentó en 26 por ciento en 1974.

Aunque muchos campesinos, bajo el gobierno dictatorial, perdieron sus tierras, parece ser que el latifundio no se reconstruyó. El propietario que retuvo una reserva se vio ahora obligado a intensificar e introducir nuevas tecnologías; se incorporó, así, la "revolución verde" en Chile; a ello contribuyeron nuevos empresarios que, beneficiándose de un nuevo mercado de tierras, vinieron en un número superior a los 30 mil a producir para la exportación, dando más tarde origen al "boom" exportador de frutas y otros productos.

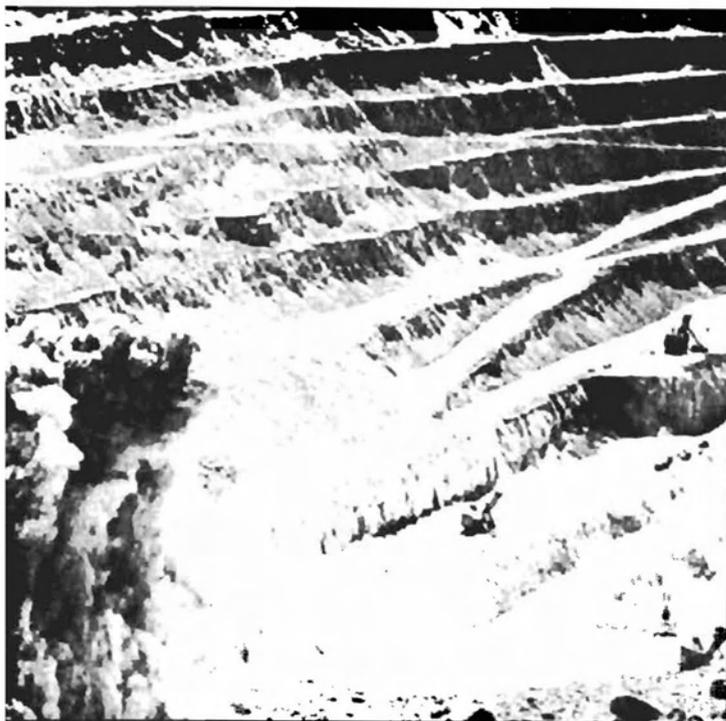
Sin el proceso de reforma agraria, el latifundio tradicional todavía tendría aprisionado al país dentro de una agricultura mediocre y atrasada.

LA NACIONALIZACION DEL COBRE

Las empresas de la Gran Minería del cobre, en manos del capital estadounidense, mostraban un pobre resultado durante el decenio de los años sesenta. La producción promedio anual entre 1962-1964 fue de 514 mil toneladas métricas y hacia 1968-1970 sólo creció a 533 mil toneladas, un magro 3.7 por ciento. Todo ello pese a que se inició un vasto plan de expansión con una inversión de más de 700 millones de dólares, financiados no con reinversión de utilidades, gracias al muy alto precio del cobre de esos años, sino con dinero prestado. Pues bien, esta inversión aumentó la tasa de inversiones globales, pero sólo generó un incremento exiguo en la producción. Esta estrategia exportadora de cobre fue pensada por el Gobierno del Presidente Frei como la palanca para arrastrar el crecimiento del resto de la economía; y no funcionó. De paso se bajaron los impues-



A Chile lo que es de Chile.



tos a las utilidades de las empresas americanas generándose las más altas tasas de rentabilidad conocidas.

El Presidente Allende informó a la Asamblea General de Naciones Unidas en 1972: "Una filial de Kennecott Corporation obtuvo entre 1955 y 1970 una utilidad promedio anual de 52 por ciento, llegando en algunos años a utilidades increíbles como el 106 por ciento en 1967, el 113 por ciento en 1968 y más de 205 por ciento en 1969. El promedio de las utilidades de Kennecott en otros países alcanzaba en la misma época a menos del diez por ciento anual". Cifras parecidas mostraban la Anaconda y sus filiales. El plan de expansión iniciado por la administración anterior dejó una deuda de 727 millones de dólares, que tuvo que asumir el gobierno de Allende.

El proyecto de reforma constitucional presentado en 1971 por Allende al Congreso Nacional fue aprobado por unanimidad, constituyéndose en una pieza jurídica de tal perfección que ha debido ser respetado por el gobierno dictatorial. Como lo preveía Allende, los excedentes del cobre que salían del país en los años anteriores a su gobierno han quedado en Chile y se estiman en más de once mil millones de dólares las utilidades que han quedado en beneficio del país. La historia nacional recordará que Allende, al nacionalizar el total de las empresas de la Gran Minería, realizó un aporte esencial para el desarrollo nacional.

AREA DE PROPIEDAD SOCIAL

El programa de la Unidad Popular diseñó el marco de las tres áreas que compondrían la economía nacional: el área de propiedad social, la mixta y la privada. La constitución del área de propiedad social comprendería varias categorías: una de la industria manufacturera, otra de comercio bancario y otra de comercio mayorista.

Los partidos de izquierda en Chile venían denunciando

por varios decenios la concentración del capital industrial y la acción monopólica. Correspondió al economista Ricardo Lagos hacer los primeros estudios y, más tarde, a Oscar Guillermo Garretón actualizar la información, estudios que sirvieron de base para elaborar el Programa Básico de Gobierno en 1970. Según Garretón, unas 144 empresas controlaban más del 50 por ciento de los activos de la industria manufacturera. Unos pocos accionistas controlaban las empresas más importantes. En la banca privada el 2,7 por ciento de los deudores disponía del 58 por ciento del crédito total; la banca financiaba familias y no grupos empresariales.

Allende estuvo en contra de las empresas monopólicas altamente concentradas y superprotegidas. Estas empresas fijaban los precios sin competencia alguna y eran un factor permanente de inflación. En 1967 había 30 mil 700 establecimientos industriales de diverso tamaño. El día de su proclamación final, dos días antes de la elección del 4 de septiembre de 1970, Allende leyó, ante una inmensa multitud congregada en la Alameda, la lista de las empresas monopólicas que se comprometía a incorporar al área de propiedad social.

El método fue la utilización de las disposiciones del DL 520 de 1932, que autorizaba la expropiación de ciertas empresas industriales, mediante decreto y con la anuencia del Consejo de Defensa del Estado. También realizó la compra de acciones a sus propietarios, conforme a la ley vigente. Para completar el proceso envió al Congreso un proyecto de ley con fecha 20 de octubre de 1971.

Sin embargo, el PDC decidió presentar, con fecha 14 de octubre, una reforma constitucional que, entre otros aspectos, señalaba hacia el futuro que toda transferencia de empresas al sector público debería ser por ley y agregaba que quedaban nulos las compras de acciones y todo acto realizado con anterioridad al día 19 de febrero de 1972 y hasta el 14 de octubre de 1971. De esta manera, la reforma constitucional aprobada introducía en la Constitución Política del Estado el principio de **retroactividad**: la ley ya no respetaba los efectos de contratos bajo las condiciones libremente pactadas entre compradores y vendedores. Allende decidió promulgar los artículos no conflictivos de la reforma y, respecto de los otros, buscar un arreglo político, gestiones que duraron hasta el día 10 de septiembre de 1973, cuando Allende ofreció que el conflicto fuera dirimido en plebiscito por el pueblo.

De las 90 empresas incluidas en la lista, el gobierno controló 48, pero quedaron fuera las más poderosas, que se defendieron, golpeando los cuarteles.

La formación del área social y la incertidumbre consiguiente no afectaron dramáticamente la producción manufacturera. Esta creció en 14 por ciento en 1971 y en 2 por ciento más en 1972, para bajar al 8 por ciento en 1973. Estas cifras contrastan con el estancamiento de la producción en el lapso 1967 a 1970 que muestra disminuciones en el producto industrial por habitante y enorme capacidad instalada ociosa, la que en 1969 y 1970 fue de un tercio del total. No era extraño que el producto por persona no creciera en los años anteriores a Allende.

En Chile no existe ahora el latifundio, ni la atrasada industria monopólica, grandes lastres del pasado. Y la Gran Minería del cobre es chilena.

(*) El autor fue Ministro Director de Odeplán de 1970 a 1973.